

ESTUDIOS

Sanín Cano*

IGNORO en qué año naciera Baldomero Sanín Cano. Pudo ser lo mismo en el 60 que en el 63. Quienes hemos sido quizás sus más cercanos amigos no se lo hemos preguntado nunca. Con él se ha establecido un compromiso tácito de coquetería, reservando una zona para la incertidumbre en que podamos siempre decirnos: ¿tendrá 85? ¿Tendrá 89? Hace varios años venimos celebrándole los 85, porque nos ha parecido como una cifra redonda para festejar la eterna juventud del espíritu. Temo que ahora, al publicarse este número de la REVISTA IBEROAMERICANA, la diligencia de los profesores vinculados a universidades norteamericanas, venga a decidir la cuestión del año exacto en que vino al mundo don Baldomero. Los norteamericanos son inflexibles en estos casos. Deplorémoslo.

Para mí lo fundamental es que la primera juventud de Sanín Cano, los primeros veinte años de su vida, transcurrieron entre dos fechas que son de la más profunda resonancia en la vida política — que es la vida de las ideas animadas en Colombia. Para un colombiano estos dos años —1863 y 1886— iluminan todo el panorama

* Destinado este homenaje a ser leído por gente de muchos países y de varias lenguas y, por consiguiente, poco familiarizada en su mayoría con el ambiente histórico, político y social en que transcurrieron los años formativos de don Baldomero Sanín Cano, la REVISTA IBEROAMERICANA ha creído que sería provechoso para el lector iniciar este *symposium* con el admirable ensayo de Germán Arciniegas tan fino conocedor del ambiente apuntado como de la vida y la obra del maestro. (N. de la R.)

del siglo XIX. Es difícil que en la historia de América la oscilación del péndulo que se mueve entre el ideal generoso del liberalismo y las reacciones de una nostalgia conservadora haya podido precisarse entre dos fechas más nítidamente demarcadas, Sanín empieza a despertar a la vida cuando la llamarada del 63 empuja a los colombianos ingenuos por un camino de románticas empresas progresistas, y llega a los veinte cuando un personaje de fino oportunismo sale al balcón de la presidencia de la república y con voz de flauta exclama: el 63 ha muerto.

Las gentes de fuera que conocen la obra de Sanín Cano, por lo mucho que en ella se compendia de las inquietudes universales, no siempre alcanzan a oír esa recóndita, íntima nota cordial, en donde quedaron resonando para siempre las experiencias de 23 años de tremendas luchas en que el espíritu colombiano libró sus batallas decisivas. Es ésta la contribución, por cierto decisiva, de la provincia, en la biografía de una cultura universal. En esto hay una inversión de términos que parece una paradoja. Las pequeñas experiencias concentradas dentro del cuadro parroquial en que se inicia cualquier vida, quedan colgando como el telón de fondo de las más grandes aventuras de la inteligencia. Lo que es pequeño viene así a desplegarse en una dimensión prodigiosa, y reduce lo universal a discretos términos de proporción humana. Indáguese un poco y se verá siempre el inevitable fondo personal que tiene cualquier filosofía, por ajena al sujeto que parezca. Se le descubrirá un contacto con el mundo, un puñadito de tierra en donde agarra una raíz. Puede ser, suele ser la plaza de la aldea hecha para el ocio y el negocio, el vallecito en donde el filósofo empezó a ver alboradas y crepúsculos cuando era apenas un niño. Es decir, cuando por primera vez sus ojos limpios, bien dispuestos a aceptar lo maravilloso del mundo, supieron ver mejor alboradas y crepúsculos.

* * *

Hablemos, pues, amigos, de Río Negro. De Ríonegro la villa vieja de Sanín Cano, la misma en cuya plaza grande se encendió la hoguera del 63.

Se puede hablar del Ríonegro de la infancia de Sanín Cano casi con exactitud. Ahí están todavía las casas intactas. El final de cada calle en el mismo sitio hasta donde llegaba entonces. Ríonegro

se detuvo, y abajo en el valle, Medellín reclamó el privilegio de ser ella la que se transformase, la que recogiese todo el alborotado entusiasmo de los burgueses que enriquecían, de las industrias que iban naciendo. En Rionegro se mira el siglo XIX, o el XVIII, o el XVII. En Medellín, el XX espoleado por el insaciable, ambicioso afán de los capitanes del comercio y por la gracia de las mujeres finas, las mujeres ricas que han aprendido a *vivir rico*.

Rionegro, no. En un plan —el plan de Rionegro—, donde la tierra fragosa de Antioquia por un instante duerme y reposa, ahí está con sus casonas chatas de teja ya verde, y los mismos árboles a cuya sombra los convencionalistas del 63, mientras llegaba la hora de sesionar, sacaban de sus jaulas de lona gallos finos y jugaban hasta dejar la arena llena de claveles de sangre. Por los anchos zaguanes se entraba a aquellos patios inmensos, de flores siempre frescas. Cada casa en la villa tenía reminiscencia de las de hacienda. Las familias patriarcales se multiplicaban en una fertilidad de nacimientos que llenaba los corredores de cunas toscas y primitivos juegos infantiles. Por la enorme casona de la familia de Sanín Cano, que ahí está todavía con su gran puerta en el chaflán de la esquina, el maestro ha visto pasar gentes de seis generaciones de su familia. Porque son gentes sanas, sanotas, que se crían a toda leche, que no mueren fácilmente, que viven llevando sin problemas la rutina ininterrumpida de su trabajo, que llegan con la piel no muy ajada a la línea de los cien años.

Cuando Sanín era un niño, a las seis de la tarde, pasada ya la cena, se dormía profundamente en los hogares. Las dos enormes alas de las puertas se cerraban, y era raro que algún sujeto se moviese a través de las calles desiertas, alumbrado por el farol que llevaba la negra. Las llaves del portón eran inmensas, y en las cerraduras, las bocallaves, obras de divertidísimo ingenio en que los herreros, a cincel, hacían figuras de jinetes, de granadas, de corazones.

La gente, toda era blanca. Además, había negros. Dos fueron las ciudades más blancas de Antioquia: Santa Fe y Rionegro. Santa Fe de Antioquia, abajo, muy abajo, en la otra orilla del Cauca, que corre entre márgenes de fuego. Rionegro arriba, muy arriba, donde la tierra es fría. Entre estos dos polos de un mundo poblado por vascos y castellanos recios y laboriosos, con pocas naciones indígenas que sabían laminar el oro con primor, y negros que nunca falta-

ron para cortar la caña, sembrar el cacao, trabajar en las minas, se desenvolvió una cultura cerrada, que hablaba fino, sacaba oro, bebía aguardiente y comía pan de maíz. En cuatrocientos, casi en quinientos años de haber vivido hablando la lengua que trajeron los conquistadores, las gentes de ese mundo han adquirido una personalidad tan fuerte y singular, que a veces dejan la impresión de que no hay riqueza en Colombia sino la que se multiplique bajo el signo de sus inteligencias laboriosas. El antioqueño, en vez de hacer negocios escribe novelas: la palabra parece multiplicarse también por su ingenio para producir una riqueza infinita de gracias y colores que se apoyan en las palmas de oro del siglo xvi.

* * *

Hoy Colombia, en 1948, es una república de ciudades. Ciudades que no son muy grandes, pero tampoco muy pequeñas, y que, en todo caso, no dejan que los destinos de la república queden en manos de la capital. Colombia, antes, en la colonia y en el siglo xix, era, primero un virreinato de provincias, y luego una república de provincias. No fueron Santa Fe la colonial, ni Bogotá la republicana, el meridiano único de aquellas tierras. Popayán, Tunja, Vélez, Cartagena, Santa Fe de Antioquia, Ríonegro, desde el norte, y el sur y el este, y el oeste, también mandaban. Cada una de estas palabras está empedrada de escudos de viejas familias, y recuerda haciendas, trabajos, fatigas, y, a ser necesario, señores capaces de mover guerras civiles. Esto fué importante en 1863.

En 1853 se tiró al aire, a cara o cruz, una moneda en que lo que se jugaba era la vida civil de Colombia. Si entonces hubo encendidas riñas de gallos en la plaza de Ríonegro, fué porque allí estaban sobrevivientes de las guerras de la Independencia, y quienes amarraban los gallos o los azuzaban eran generales y sargentos que habían ido con Bolívar por toda la cordillera que fué vistiéndose al sur de nuevas repúblicas. Eran generales de guerra —no de simple título— que, al tomar en sus manos las riendas de la república, irían a ajar ese sueño de libertades que apasionaba a los románticos de aquellos tiempos, los tiempos de nuestro padre Víctor Hugo. Un borbotón de muchachos que se habían formado en la universidad, que tenían la mente repleta de teorías, que habían desafiado a la Iglesia para

quitarle las alas de su enriquecimiento en la tierra, sentía un santo temor de los militares metidos a mandones de la vida civil.

Había que hacer una convención, para definirlo todo en una carta. Poner las cosas tan claras en la ley fundamental, que nadie nunca pudiese conspirar contra ese fuego de progreso liberal que reclamaban las apasionadas juventudes radicales. Había que gritarle el "¡no pasarás!" a grito limpio, a pura fe civil, al general Mosquera, al secretario de Simón Bolívar, a ese mascarón de proa corajudo, invicto, codicioso, hermano del arzobispo, hijodalgo de Popayán, que venía de los lados del Cauca con ejércitos de negros bravos como una langosta de bayonetas que amenazaba pelar todos los bosques de Colombia.

¿Dónde reunir la convención? ¿dónde dar el grito? ¿dónde tirar al aire la moneda? No en la capital: en la provincia. Esto era de tradición en la república. Y mirando en torno, hacia el Atlántico, hacia el Pacífico, siguiendo los tres dedos de las cordilleras, por esta vasta complicación de montañas y llanuras de Colombia, se escogió a Ríonegro. A Ríonegro llegaron los oradores, los periodistas, los universitarios, con libros, con papeles, con discursos. A Ríonegro llegó el general Mosquera, con ruido de sables y voces de sargentos y diez mil soldados, y gallos finos de siete colores y espuelas mortales. En el ancho corredor de una casona, jugando casi en cueros, al niño Baldomero llegaría el eco de los alegatos como una canción de cuna.

Nunca se puso más pasión en una empresa. Había que detener con palabras desnudas al general, al caudillo del pueblo, a ese Mosquera de bigotes que olían a pólvora de azufre, y que al entrar a cada aldea veía vestirse de fiesta las calles, y que al pasar por los montes oía en las abras multiplicarse el redoblar de los palillos sobre los parches bien templados.

Las palabras desnudas detuvieron al general. La nueva constitución llegó a confundirse con la más alocada fantasía. Tal era el júbilo de aquellas gentes civiles que hacían doblarse bajo el sortilegio de sus discursos bosques de bayonetas como si fueran de juncos. Un embajador especial se mandó a París para que le enseñase a Víctor Hugo la nueva carta. Cada Estado de la nueva federación se afanó por abrir escuelas, caminos, industrias. Jamás, a todo lo largo del siglo, se trabajó con mayor fervor. Todo, bajo el imperio de

una constitución romántica, sin dientes. El propio Mosquera, un día, quiso hacerse dictador. Lo amarraron los estudiantes, y preso lo llevaron al observatorio. El viejo desarmado, se subía a la azotea, sin más remedio, sin más consuelo que quedarse mirando a las estrellas.

Toda esta fe, todas estas ilusiones, nacieron en Ríonegro. En el aire se quedaron. Todavía hoy, ochenta años después, se entra a la casa en donde se reunió la convención, y se oyen los discursos. El sueño de los libertadores, el sueño de América, las esperanzas de todas las juventudes, se cumplían, se cumplieron.

Ese fué el aire que Sanín Cano respiró desde que tuvo uso de razón. En ese aire está la raíz de sus amores. Era Sanín Cano, como buen antioqueño, tenaz, metódico, laborioso. Tenía la ambición de leer, de penetrar en las intimidades de culturas remotas, de pasear su curiosidad por otras literaturas. Yo no sé cómo pudo estudiar otras lenguas, además de la suya. Quizás a la manera de Andrés Bello. Con su propio ingenio, inventándose los métodos, gastando diccionario. Siendo un muchacho, de Ríonegro se fué a la capital. No había bibliotecas, ni grandes librerías, pero sí el fervor de los radicales. El hablaba con el ministro inglés, pedía libros, iba descubriendo el mundo europeo. Le llegaban cartas —¡le llegaban cartas!— de Europa.

Iba en medio de este camino alegre de su vida, justamente cuando el péndulo que había herido como un grito de gloria, en el 63, el paisaje de Ríonegro, se acercaba justamente, en el 86, al término opuesto para anunciar la campanada de la reacción. Sanín ¿tendría 18? ¿tendría 20 años?

Es lo cierto que el régimen radical, como todo liberalismo en campo de gentes latinas, y peor si mulatas y criollas, fué haciéndose anárquico. Había que poner orden. Ya no obraban sobre Colombia las razones de temor a los militares que hicieron extremas las libertades en Ríonegro, y todos propugnaban por una enmienda que le diese a la constitución esos dientes que antes no tuvo. En eso estaban los radicales. Pero había entre ellos un político de muy pocos escrúpulos, el señor Rafael Núñez, en cuyo pecho anidaban amargos rencores porque creía que para él, y no para otro alguno, debía ser la presidencia de la república. Era un hombre realista. Vió lo que todos: que debía modificarse la constitución. Pero era más

listo. Quería que su rostro de barba de cabra, y no el de otro, estuviese de máscara en la proa. Y como se demoraban por los caminos puritanos del radicalismo, las esperanzas de su ambición, fué tejiendo negociaciones subterráneas con los caudillos de la reacción, con astutos políticos conservadores. De repente, apareció él, en el balcón de la presidencia de la república, hablando contra su fe de la víspera, y acaudillando una reacción que fué amontonando sombras sobre las escuelas, que detuvo la alegre marcha progresista, que recortó sus alas a la universidad, que hizo saltar a piedra cruda las cajas de tipos en las imprentas. El nuevo presidente de la república tenía ahora en sus manos una constitución rígida, llena de unos artículos móviles, transitorios, que le permitían desterrar a los liberales, quitarles sus bienes. A eso se llamó la "Regeneración". En este nombre está lo único divertido de ese cuento.

Sanín llegaba entonces a la edad en que ya podría por sus vastos conocimientos, por su devoción a las letras ser, por ejemplo, profesor en la universidad. Nadie, como él, desde su primera juventud, ha mostrado una disposición tan grande para estimular a los demás en el estudio de las letras. Pero es obvio decir que dentro del nuevo clima, sus capacidades no podían tener ningún empleo en la Colombia oficial. Hubo de ganarse la vida, y por muchos años, como administrador de un tranvía de mulas que habían construído en Bogotá ciertos místeres de Inglaterra.

Administrar un tranvía de mulas era cosa buena. Dejaba tiempo para leer, porque entre el despacho de un carro y otro, quedaban muchas medias horas libres. El trato con los conductores que movían las bestias con el expresivo lenguaje de los latigazos, y los mismos problemas de alimentar las mulas y curarlas de mataduras ponían un margen de ironía en los estudios de Sanín Cano. Así fué criándose el humorismo que desde entonces ha sido el más constante compañero de su vida. Además, el mismo trato con los ingleses de la compañía completaba el contacto, digamos humano, que se iniciaba con las mulas y los conductores. Fué ésta la escuela superior en que se educó el antioqueño, un laboratorio de observaciones de muchísimos matices.

De esta manera, a tiempo que en la vida política Colombia se hacía ciega, sorda, cerrada a la cultura, de la administración del tranvía de mulas llegaba una lucecilla de ciencia y de ingenio que poco

a poco fué cautivando a quienes sabían más de letras que el astuto político señor Núñez. José Asunción Silva, para dar un ejemplo, vino a encontrar en Sanín Cano al hombre con quien podía conversar. La curiosidad en ellos corría por cauces paralelos. Silva tenía el recurso mágico de su arte. Sanín, la información de las letras universales. Lo mismo fué con Guillermo Valencia. Así se anudaron amistades que han sobrevivido a la misma muerte, si es que esta frase puede decirse. Y a tiempo que fueron borrándose de las aulas hasta los ecos de lecciones famosas, una cultura más penetrante y fina, guiada por los ojillos horadantes del maestro —ya Sanín Cano tenía que llamarse de este modo—, fué arraigando en Colombia, y fué extendiéndose por el mundo como la mejor contribución de nuestras inquietudes al mundo de las letras castellanas.

* * *

Me he extendido mucho en estas cosas, porque creo que en la obra de Sanín hay un elemento invisible que explica mejor que todo el aparato de su erudición el que se le llame maestro. Es su fe. De Sanín Cano se dice siempre que es un humorista. Y lo es cabal. Por algo tuvo por maestros de su universidad a las mulas y a los libros de Erasmo, que alternaban en las faenas docentes a tiempo que otros, casi de su misma edad, iban a las aulas oficiales, como gentes de más fortuna, para oír cosas parecidas, si se exceptúan las de Erasmo. Desde entonces, nunca ha faltado en los ojos del maestro una chispa de risa.

Sí: Sanín es un humorista. Disuelve muchas cosas lo mismo con la razón que con la gracia. Al propio presidente Núñez, que presumía de poeta, y que regalaba a sus lectores con poemas de filosofía escéptica fundados en manuales de tres al cuarto, le volvió cisco en un librito famoso. Y como dió cuenta de Núñez, pulverizó a muchos otros. Sin hacer polémicas, sin hacer discursos, sin hacer literatura, porque Sanín es un escritor y nada más. Y como escritor, sobrio. Muy ajustado a la responsabilidad que debería tener el crítico. Incapaz de dejarse ir por el arrullo de sus propias frases.

Sanín es humorista. Pero debajo de sus gracias y epigramas, palpita una fe pura. Un respeto a la inteligencia, un sentido de la dignidad humana, un culto a la libertad sirven de trama a todos sus escritos. El puede reír de muchas cosas, pero también hay muchas

que es el primero que defiende como un centinela insomne. El puede ir directamente a estudiar con atención a los escépticos en quienes la duda nace de una preocupación noble y profunda, y respeta lo que hay de auténtico valor moral en sus tratados. Pero no hay quien le engañe saliéndole al camino con barba de escéptico, si en realidad el bordón que lleva para adelantar es de oportunista, de sinvergüenza, de glotón.

Es decir, que en Sanín Cano hay una estructura moral. Hay eso que tenemos que considerar o que imponer como la primera letra en el alfabeto de la auténtica vida americana. Hay un criterio que sabe fijar los límites de la decencia en el mundo literario, sin que ello le obligue a andar con aires magistrales, con palabras regañonas, con vozarrón de puritano. El saber las cosas profundas de la vida, no le borra del ojo la sonrisa, no le quita de la palabra la gracia.

* * *

Fatalmente, Sanín Cano hubo de ser un peregrino. Tenía tantas curiosidades que aclarar en el mundo, tantos asuntos que verificar, que muy pronto se le vió por Buenos Aires, por Edimburgo, por Florencia, por Salamanca. Se movía entre el periodismo y las bibliotecas. Por varios años fué el representante de *La Nación* de Buenos Aires en algunas ciudades de Europa, y los argentinos pudieron pensar que sería un argentino raro de familia allá desconocida. En las universidades inglesas, las gentes que se interesaban por asuntos españoles acudían a él, lo mismo que en Bogotá se le acercaban Silva o Valencia para saber de literaturas tudescas, italianas, escandinavas. Con Fitzmaurice-Kelly trabajó como un compañero fraternal, y le tradujo los libros sobre Cervantes y el manual de literatura española. Dos veces a la semana, cuando en Londres vivía, tomaba el tren para ir a Edimburgo y dar lecciones que aún se recuerdan en esa ciudad.

* * *

Sanín Cano fué convirtiéndose para nosotros en un personaje remoto, que habían conocido las generaciones anteriores, pero del cual apenas nos llegaban a Colombia noticias fragmentarias, y muy de cuando en cuando. Nos parecía que podría ser como un argentino

que había nacido en Ríonegro por equivocación. Sabíamos muy bien que la gente selecta, fina, la más culta de Buenos Aires, le tenía por suyo, y que *La Nación* le había incorporado a su cuerpo de redactores. Un día se nos dijo que Sanín Cano regresaría a Colombia. Veinte años de haber oído hablar de él, y veinte años de no haber visto su cara, nos hacían esperar este encuentro con un afán emocionado.

Recuerdo como si fuera justo el día de ayer. En un tren fuimos los jóvenes a encontrarlo a cuarenta kilómetros de Bogotá. Como si fuera adivinación: no íbamos sino los jóvenes. Lo primero que vimos fué una cara. Exactamente la misma de hoy. Una cara sería con un juego guardado de sonrisas, malicias, finuras que sin que él se moviera, le salían por todas partes. Manejaba las manos menos que un inglés de buena sociedad. Yo juro que así fué. O quizás me parecía, por lo que nosotros las meneábamos tanto. Pero esa piel tan limpia, casi rosada, esa frente mejor trabajada que en un mármol, hasta la fuerte mandíbula y muchos detalles de su recia estructura física, nos colocaban delante de un tipo como europeo, de los de la cría de las zonas templadas, sacado de algo bueno por allá de Turingia o Escandinavia. Eran cosas que tal vez veíamos en él porque era el único que sabía de esas literaturas, y como que se nos antojaba que algo se le había pegado en las andanzas con tan extrañas gentes.

Pero el hombre empezó a hablarnos, y nos resultó uno de Ríonegro de Antioquia. No se le habían ido de la memoria ni los cuentos de los arrieros y los mineros. Los cuarenta kilómetros de vuelta los hicimos como en dos segundos. Para nosotros, quedó apenas como iniciado el diálogo, y aún estamos en este punto. Han pasado apenas unos veinte años. El está igual. ¿O un poco más joven?

Un momento. Aquí hay que decir algo de la cabeza de Sanín Cano. Es la cabeza más conocida de todo Buenos Aires. La más hermosa cabeza conocida en Buenos Aires. Dió con ella uno de los grandes fotógrafos del mundo, y el retrato quedó tan bien hecho, que se tuvo desde el primer momento por obra maestra. El fotógrafo había sido dos veces listo: primero para ver a Sanín y saber que en esa frente, en esos ojos, en esos labios finos, había materia para una gran fotografía; luego, para estar cierto de que la fotografía que había hecho no habría de superarla en la vida. No sé cómo

haría para pedirle a Sanín Cano permiso para usarla como su anuncio de su arte. Ya he dicho que era un listo. A Sanín le dió mucha risa aquello, y dijo que sí. La cabeza de Sanín anda pues, ahora, hasta en los tranvías. A lo menos, así era cuando yo estaba en Buenos Aires. Hasta el momento no he dicho nada de la obra de Sanín Cano, y no voy a decir nada. El trabajo de ordenar sus escritos ocuparía años. Habría que acudir a revistas de muchos países, y aun a periódicos. Si algún día esto se hace, se tendrá una de las más ricas colecciones literarias de América. Hay que pensar en que hoy Sanín Cano —¿tendrá 85? ¿tendrá 89?— continúa escribiendo con la misma lucidez de toda su vida. En Bogotá se sabe cuándo es lunes, porque al abrir en la mañana la edición de *El Tiempo*, en la primera columna editorial, está el artículo suyo. Y no son artículos de hombre cansado. Hace apenas dos o tres meses, en la *Revista de América*, donde Sanín Cano siempre escribe, se publicó un artículo violento de Giovanni Papini, que Papini mismo me había entregado en Florencia como quien pone en las manos de un hijo de Suramérica un cartel de desafío. Quien más juvenilmente, quien más agudamente, quien más tremendamente le respondió fué Sanín Cano. A los pocos días de publicarse su respuesta, yo mismo recibía en *Revista de América* solicitudes de Suiza para traducir al alemán el artículo, y de agencias de Norte y Suramérica para reproducirlo en español y en inglés.

Sanín no ha vacilado jamás cuando, picado por una curiosidad literaria, ve por delante las más arduas dificultades. Le interesaron Goethe o Nietzsche y Heine y Schiller, vió que había que leerlos en alemán, y antes de tomar definitivamente en sus manos los textos, estudió la lengua hasta dominarla. Lo mismo había hecho para Leopardi con el italiano o para los ingleses del xvi hasta hoy con el inglés. En fin, las aventuras con estos idiomas son aventuras en que muchos otros se han arriesgado. Pero Sanín ha pasado a mayores. Una de sus grandes admiraciones es Jorge Brandes. Aprendió, pues, para él, la lengua de Dinamarca. Y por ese hilo, se fué metiendo en todas las de Escandinavia.

Los muerde-reputaciones bogotanos han palidecido muchas veces porque cada vez que él se conquista una nueva provincia del mundo de la inteligencia, a ellos se les destroza el hígado. O para decirlo mejor: hay cosas que a ellos no les caben en sus fípsicas cabezas.

Y entonces ocurren cosas divertidísimas, que van acrecentando las fuentes del humorismo en el maestro Sanín Cano. Descubrió él, por ejemplo, la poesía de Peter Altenberg. Por ese camino, pudo Guillermo Valencia hacer la traducción de las guacamayas. "Eso no puede ser", exclamaron a una los académicos. Y con todo el tono magistral de sus dignidades supremas, exclamaron: "Peter Altenberg no existe: esa es una invención del señor Baldomero Sanín Cano."

* * *

A lo largo de poco menos de setenta años de constante dedicación a las letras Sanín ha sido siempre el mismo cordial maestro, el mismo descubridor de nuevos mundos literarios. El enseña a jóvenes y a viejos muchas cosas que pasan inadvertidas aun para los mismos profesionales de la cátedra. Yo le he encontrado en su muy humilde casa de Chapinero, en Bogotá, leyendo con toda detención y penetrante sentido crítico las novelas inglesas de la postguerra. El tiene la necesidad espiritual de precisar los cambios que hayan podido producir en los escritores ingleses, en los poetas, en los creadores de obras de ficción, las experiencias de estos años terribles. Pero, como siempre, como lo hizo desde la juventud cuando no confió a los revisteros el que le informaran, sino que acudió a la fuente original, ahora también une por sí mismo las piezas fundamentales en este rompecabezas de otro mundo que nace. Quizás por eso renace su espíritu recreador y tiene fresca su mente.

Acudir nosotros hoy a la casa del maestro Sanín es como una necesidad del alma. A tiempo que tantas otras gentes dedicadas a las letras, tantos irresponsables como diría Mac Leish, se olvidan de que el campo de la inteligencia ha de ser libre, y entregan sus plumas al servicio de las más oscuras fuerzas reaccionarias, Sanín Cano conserva la fe que hasta en algunas pobres juventudes se muestra vacilante.

Si no hubiera tanta obra realizada, tal caudal de constancias objetivas en esto de Sanín Cano, y no gozase su nombre de tan universal acatamiento, me sería difícil presentarlo sin que pareciera como que mi afecto tratase de dar a lo suyo un volumen que no tiene. En realidad, mi testimonio no es frío. Yo me inclino ante Sanín Cano con toda la gratitud de un discípulo leal. El me ha distinguido

con su amistad, y quisiera que sobre cuanto dejo escrito quedara flotando también el aire de ese enlace cordial. Nunca he temido a quienes tratan de disminuir el valor de las palabras ajenas porque las consideran tocadas de amistad. Si las palabras logran, además, el valor de esa rara virtud, no pierden su importancia. Si mucho, se ensanchan en una nueva dimensión espiritual.

Pero la obra de Sanín ahí está. Algún día, si América sabe estimar lo mejor que haya salido de sus hombres de letras, la ordenará en muchos volúmenes de ensayos filológicos, críticos, literarios. Ellos dejarán ver muy claro la inmensidad del panorama en que se ha movido su inteligencia y mostrarán la originalidad, el sello personal de su espíritu, que juguetón y paradójico, socarrón y epigramático va penetrándolo todo. Sanín Cano resulta más gracioso a medida que el lector que le sigue es más de los que de veras saben leer. Los analfabetos del alma, ciertamente, a veces le encuentran árido. La deficiencia es de ellos: no de Sanín Cano.

Yo sólo diría esto: a Sanín Cano le llamamos maestro en Colombia. Así le dicen los viejos y los mozos en Bogotá y así en Popayán, a donde suele retirarse la mayor parte del año, lo mismo los estudiantes de la Universidad que las lindas jóvenes de la ciudad. Y si alguna vez la palabra maestro se ha dicho como Dios manda es ahí. Es cuando se dice, repitámoslo, maestro Sanín Cano.

GERMÁN ARCINIEGAS

